

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

Director :

DÍVICO ALBERTO FÜRNKORN

Administrador:

Luis Podestá

Sub-administrador:

Jorge Traversó

Redactores :

**Dr. José Barrau - Dr. Mauricio Greffier - Juan R.
Schillizzi - Guillermo J. Watson - Silvio J. Rigo
Egidio C. Trevisán - Raúl Prebisch - Julio Silva**

Año VIII

Diciembre de 1919

Núm. 78

**DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CHARCAS 1835
BUENOS AIRES**

Notas y comentarios

Existe una tonta animadversión hacia el lujo, al cual se ha tomado en muchos casos como un signo de degeneración, pues no otra cosa puede hacer pensar la persecución de que se le hace objeto.

El lujo.

Cuando algo es bueno o loable se tiende a su perpetuación o a estimularlo. Cuando por el contrario se le tiene en mal concepto, se trata de hacerlo desaparecer. Y como el lujo es perseguido y se le reprime, se desprende que, evidentemente, se le considera como un algo que es pernicioso al bienestar social y a la moral.

Considerando este criterio, defendido por todos aquellos que dicen profesar ideas de progreso o más vale doctrinas sociológicas progresistas, veamos la lógica que encierra esa condenación al lujo, vocablo de imposible definición y de tan elástico significado.

El lujo es imposible de definir en general, por su misma esencia; desde que lo que es lujo en un tiempo deja ya de serlo en una época posterior; así como el que es considerado hoy como tal, dejará igualmente de serlo mañana: la camisa, que era un lujo antes de la revolución francesa, ha dejado de serlo con posterioridad a ella; y lo mismo puede suceder en lo sucesivo con cualesquiera de las expresiones del lujo coetáneo, *si nosotros hacemos lo posible porque así sea!*

Pero, ¿qué significa que el lujo de hoy sea lo vulgar de mañana?

Pues, nada más y nada menos, que el mundo ha progresado en tal forma, que aquello que era privilegio de unos pocos, llegue a ser un beneficio para todos.

En ese sentido pues; ¿qué es de desear?: que los automóviles, p. ej., sean reducidos en su número en lo por venir o que, por lo contrario se tienda a que pueda ser una cosa común y vulgar para todos los humanos? Yo creo que la pregunta no puede dar lugar a vacilaciones: el espíritu del progreso y el de la felicidad humana no pueden ser sino uno solo.

No puede entonces vacilarse en responder, que lo ideal sería, que todo el mundo pudiera gozar de los mayores beneficios que pueda brindarnos la ciencia y los refinamientos del arte, aplicados de un modo sano, y conforme a la moral.

De modo que sólo el sentimiento de envidia y de odio que encierra el marxismo, pueda inducir a que se extinga todo lo que pueda ser una elevación espiritual o del intelecto y a haber producido esa corriente de ideas, ilógica, que pretende cercenar el mejoramiento de las condiciones de vida.

Pero ¿de qué me extraño, yo? ¿Acaso no es sabido que el marxismo quiere hacer pasar una aplanadora sobre el aliciente y la activa aspiración de los hombres?

Sin embargo, es de verse que el fundamento principal de esta propaganda contra el lujo, ha estado más que todo basada en la especulación política de la adulación al obrero, a quien por supuesto encanta oír hablar contra las cosas, de las que el no puede proveerse en ese mismo momento. Con motivo de ello podría insinuárseles también que ellos mismos vuelvan su vista hacia atrás y que renuncien a las comodidades que hoy en día se han hecho comunes y de las que en épocas anteriores no habría podido gozar; las que eran en su tiempo conceptuadas como lujo.

Heme aquí en una situación análoga a la que se me presenta en la consideración de otros problemas y es la de que esta manera de pintar la verdad de los hechos me hace aparecer a los ojos de muchos, como reaccionario, siendo mi espíritu precisamente, todo lo opuesto, ya que en el progreso que deseo, está la acción.

Pero no sólo la acción deseo, sino que para que ella se desarrolle en forma eficaz y justa, exijo el cambio fundamental del régimen sociológico; solamente que entiendo que los hombres no deben dejarse llevar del primer impulso contra quien algo tiene o dejarse seducir por la comunidad de todos los bienes, que es contraria a la naturaleza humana que necesita aliciente para progresar y perfeccionarse; sino que debe tenderse hacia un régimen que es el colectivismo agrario, que bien estudiado nos enseña como él será suficiente para deluir las escandalosas diferencias de clases que existen hoy día.

Reconozco que la situación del obrero del músculo es exageradamente pésima, que es una vergüenza la forma inmoral en que se amasan las fortunas, que hay degenerados del lujo, que es humillante la caridad social, que hay gente que vive sin trabajar, unos por demasíado, otros por ser desechos de la miseria, que las habitaciones son inmundas y el alimento deficiente. Todo eso observo y por todo eso sufro enormemente, pero no me dejo dominar por el instinto animal, ni por los instintos humanos, muy humanos, del odio y de la envidia y si sólo pienso y lucho por un ideal humanitario que desplazando de sus sitios a los que mal han habido, dará a cada uno lo que en justicia le corresponde en proporción a sus méritos y desvelos.

**Gran colecta nacional
Pro-paz social**

Como el miedo no es tonto, según un dicho corriente y según lo confirma la práctica, se inició de parte de los católicos un gran movimiento encabezado por monseñor de Andrea, a fin de prevenir la producción de desórdenes sociales, y según manifestación del caudillo en plena Metropolitana y a pleno mediodía, se hizo la colecta para poder arrojar un pedazo de carne a la manada de lobos hambrientos. (Para quien no conozca esos discursos va la aclaración, de que "la manada de lobos hambrientos", son los obreros).

Esa gran colecta tenía por objeto reunir sumas destinadas a la creación de casas para obreros, escuelas profesionales, etc., y con ella se pretendía conquistar la buena voluntad de los trabajadores de modo que iba a resultar como una gran transacción. Los pudientes iban a comprar la buena voluntad de los proletarios por medio de unas cuantas monedas.

La recolección dió según la publicidad unos trece millones de pesos y se hizo sólo entre las grandes familias; que resultaron ser todos los poderosos terratenientes y según era voz pública, se le imponía de antemano una cuota a quien se visitaba.

Hasta la fecha nada se ha visto hecho ni se habla de hacer; el único resultado práctico fué el que Monseñor de Andrea fué nombrado en un cargo arzobispal. Pero a pesar de que sé hubieran empleado esos trece millones en obras buenas, no soy en absoluto partidario de esa caridad social, examinada desde el punto de vista doctrinario y menos aún en éste caso práctico. Pues como ya lo tengo manifestado eran todos grandes terratenientes, para los que la donación no les resultó más cara que dar una orden. ¿No se imaginan ustedes al donante, entrégando un cheque con una mano y ordenando con la otra a su administrador que le suba un punto a los alquileres y arrendamientos? ¿No le habrá resultado a más de cuatro una ganancia?

Mas, aun cuando así no fuera, esa cantidad relativamente exigua que han donado sobre sus colosales fortunas, es una parte infinitesimal de la que han usurpado a la laboriosidad colectiva. No lo digo esto de gusto, sino con fundamento.

Siendo como eran todos grandes terratenientes han adquirido el 90 % de su fortuna por la sola valorización del suelo y como el valor del suelo es producido por el trabajo social, resulta que lo que ellos regalaron fué una ínfima parte de lo que indebidamente se posesionaron.

Se sabe de un caso de uno de los donantes. Este señor compró títulos de una lejana provincia, que tenían un valor nominal de \$ 100 y que se los vendieron por \$ 10. Llegado el momento de resarcírselos el gobierno no tenía fondos, pues debía devolverle a razón de \$ 100. Entonces se le pagó en tierra pública. Así fué que por \$ 10 recibió \$ 100 de tierra pública. Esa tierra pública enormemente valorizada lo ha podido hacer apenas con diez o veinte mil pesos, varias veces millonario. Ahora bien, en que forma se le han creado esos millones, ¿por su trabajo? No, porque aunque él nada hubiera hecho ni hubiera colocado un solo centavo encima, esa tierra valdría hoy lo que vale,

quizá una levisima diferencia, porque ese valor se lo produce el trabajo y adelanto sociales.

Más, aun eso es nada. Mucho más terrible que esa fortuna que ha recogido sin trabajar (me refiero a lo que se ha valorizado el suelo, pues en cuanto a los \$ 10.000 o \$ 20.000 no conozco su origen) es el abominable privilegio que tendrá ese hombre, mañana cuando sea necesaria a la población esa tierra, de tener en sus manos la existencia y felicidad de tantos seres. El tendrá la facultad de permitir que sea labrada o no esa tierra, según su capricho y conveniencia; él podrá congestionar ciudades por un uno por ciento de arrendamiento; él podrá hacer sufrir a cientos de obreros, que faltarán de la producción de esas propiedades y podrá hacer agravar la desocupación urbana y rural. El tendrá la existencia de miles de seres que penderán de su capricho. Ese es el privilegio de la tierra! Y por todo eso ha dado algunos miles de pesos, para evitar que la manada de lobos hambrientos invadieran su casa o que mañana no cometieran *el sacrilegio* de ir a trabajar sus tierras, hoy incultas.

Es inútil insistir, está demostrado por esta gran colecta, cómo se generan los grandes capitales de este país. No hay que buscarlos en la industria, ésta solo va a comenzar a enriquecerse con las huelgas actuales; pero nunca llega a las sumas fabulosas de las fortunas territoriales. No hay fortuna más fácil de hacer que la que le labran los demás, sin que nadie tenga derecho de reclamarle una parte. Un obrero reclama parte de las ganancias del capitalista, pero váya usted a reclamarle una parte de la valorización del suelo a un terrateniente. Y eso que por lo común, en nuestro país, trabaja el industrial para ganar; mientras el terrateniente gana sin trabajar. No hay negocio más redondo, ni más fácil, ni más seguro que la tierra: al cabo de más o menos años es infalible. Por eso, no sólo las familias viejas son terratenientes, todos nuestros grandes industriales lo son, y les resulta más serlo, poseyendo bastante fortuna, que excitarse el sistema nervioso en la labor de su industria. Si está visto por los balances que se publican y por las firmas fuertes que se declaran en báncarrota, que los capitales de nuestras industrias son reducidísimos: industrias pequeñas 30 a 100.000 pesos, regulares 200 a 500.000 pesos, grandes 1 a 2 millones y muy grandes y contadas que pasen de esas sumas. Por otra parte, cuando pasan de cierto capital no son ya industrias de propiedad argentina, son de fuertes sociedades extranjeras. Los grandes terratenientes poseen 10, 30, 80 hasta 100 millones de pesos. De aquí, que en nuestro país se pueda apreciar aún, perfectamente, la forma cómo el capital se industrializa; lo que nos va a demostrar con toda claridad dónde está la fuente de todos los males.

En nuestro país, todavía los grandes capitales territoriales no se han transformado en industriales, de ahí se sacan dos enseñanzas:

- 1.º que el capitalismo de la industria no nace, como se vé aun en la Argentina, directamente, sino que es una transformación de los previos capitales territoriales;
- 2.º que el capital territorial es por lo tanto previo al industrial y éste sólo, sin la ayuda de aquél, a muy poco puede llegar, y
- 3.º que por lo tanto la gran acumulación de capitales industriales

no está basada en la explotación directa del obrero del taller, sino que en su faz mayor, es un resultado de la previa acumulación del capital usurpado al trabajo colectivo cristalizado, que se llama valor de la tierra.

He ahí como debe hacerse la clara separación de los capitales buenos y malos. El que resulta de la labor cotidiana es sagrado, el que ha crecido con el esfuerzo ajeno debe tratarse de suprimirlo. La forma de conseguirlo es anulando la propiedad privada de la tierra, que evite la capitalización territorial, generadora de los excesos. Churchill decía que el privilegio de la tierra es el padre de todos los demás privilegios y esto puede igualmente notarse en nuestro país.

Tomemos uno de nuestros ricos terratenientes. El padre de este hombre obtuvo o adquirió por algunos centavos una inmensa extensión desierta. Nada hizo ni el padre ni el hijo para civilizarla; pero el resto de la población con el crecer de los años necesitaba espacio para localizarse: las vías férreas cruzaron el campo, estaciones lo poblaron, caminos fueron abiertos, telégrafo, justicia, escuelas, etc., todo se iba aproximando y se apretaba contra esa extensión. El hombre era dueño de la vida de sus semejantes, tenía el privilegio de la tierra.

Pasarán los años y el hijo de ese hombre venderá esa tierra, porque la valorización ya no da saltos suficientemente altos como para satisfacer su hambre de lucro.

Empleará su capital en la industria y será el privilegiado cobrador de dividendos, que ni entiende del taller ni del trabajo, ni jamás quizá lo haya pisado. Henos frente al prototipo del odioso capitalista, del hombre descorazonado a quien nada importa sino el monto de los dividendos y para quien el obrero es uno de los tantos dientes del engranaje de las maquinarias.

Visto el origen, sabemos donde debemos prevenir. Quitemos el privilegio territorial y lo demás vendrá por añadidura.

D. A. F.

La asociación en Gran Bretaña

La monotonía del aislamiento que caracteriza la vida del campo es rota ya en muchas regiones por las asociaciones que se fundan entre los pobladores de las mismas con fines de fomento y de cultura.

Entre otras, se han destacado los llamados *Women's Institutes*, del Canadá, cuyo franco éxito ha inducido a algunas asociaciones de la Gran Bretaña a adoptar el sistema. Su excelente resultado ha hecho, a su vez, que esta nueva forma de cultura colectiva se desarrollase rápidamente por todo el Reino Unido. Basta recordar que, en 1915 Alfredo Watt, el entusiasta propagandista del nuevo sistema, fundó en el País de Gales el primer *Women's Institute*, y un año después, en 1916, ya existían 50 de estas organizaciones en Inglaterra y País de Gales, y en 1918 su número se elevaba a 700. El éxito es, pues, absoluto.

Una vez al mes, como *minimum*, debe reunirse en cada *Women's Institute* una asamblea general en la cual algunos de los miembros más autorizados — pues también participan en las sociedades elementos ilustrados — o bien otras personas ajenas a las mismas, disertan sobre

temas de interés intelectual o práctico para los asociados. A menudo se organizan conciertos u otros espectáculos instructivos. Se celebran exposiciones de productos rurales y domésticos, legumbres, labores, flores, etc. Las reuniones son amenizadas con el té de la tarde y por las conversaciones que tienen una influencia tan decisiva sobre el desarrollo del espíritu de solidaridad.

Algunos de estos institutos se caracterizan por su tendencia a fomentar las aptitudes prácticas de sus miembros. Así, existen talleres para la fabricación cooperativa de juguetes, cestas, confituras, quesos, etc. Algunos institutos han aprendido y organizado la fabricación de zapatillas, la de alfombras con materiales de desecho, la extracción de almidón de patatas atacadas de enfermedad, etc. Otros en cambio, a semejanza de las cooperativas belgas, organizan la recolección de desperdicios, los que utilizan en la alimentación de los cerdos.

Se puede decir que estas sociedades son pequeñas democracias, en las cuales participan hombres de todas las tendencias políticas y religiosas y desde el más humilde aldeano — la cuota que se exige es insignificante, 2 ch. por año — hasta los maestros y letrados del lugar (1).

E. C. T.

(1) Información: *Boletín Mensual de Instituciones Económicas y Sociales*, Roma, N.os 8, 9, 10, año X, pág. 497.

Desequilibrio en la producción forestal de Francia Sabido es que entre las zonas que más sufrieron la devastación alemana en Francia, se encuentran aquellas en que la producción forestal había tomado un mayor desarrollo. Se comprenderá entonces el desequilibrio que debe existir en esta rama de la producción francesa, tanto más si tenemos en cuenta que un bosque, y mucho menos toda una zona forestal, no se reconstruyen en uno ni en dos años, sino que, por el contrario, exigen el transcurso de un tiempo mucho mayor.

Apenas terminadas las hostilidades, los diarios anunciaban ya que un fuerte sindicato canadiense ofrecía al gobierno de Francia la repoblación de sus bosques devastados en un plazo "relativamente" corto, pero que, como decimos, no ha de ser en ningún caso menor a un lustro.

Entre tanto, el problema se plantea al gobierno y hombres de ciencia franceses, sin que hasta este momento se haya dado con la solución que la situación exige.

En 1914 (1), los bosques ocupaban en aquel país 10 millones de hectáreas con una producción anual de 8 millones de metros cúbicos de madera de obra.

En 1913 se habían importado 2.200.000 toneladas de madera por valor de 270 millones de francos y 450.000 toneladas de pasta de papel por valor de 67 millones de igual moneda y que representan 900.000 metros cúbicos.

Por otra parte, Francia exportó en dicho año 350.000 toneladas.

(1) *Journal des Economistes*. París, Noviembre 1919, pág. 209.

Con estos datos, el consumo anual se evaluaba en 11 millones y medio de metros cúbicos.

Ahora bien, según el "Informe general sobre la industria francesa" publicado por el Ministerio de Comercio, 584.000 hectáreas de la zona invadida quedan utilizadas para la producción inmediata de madera y, por otra parte, se calcula en 6 millones el aumento del consumo anual que ha de producirse en los primeros años de la post-guerra como consecuencia de la destrucción y paralización anterior, en las construcciones.

Puede establecerse entonces, por un término de 5 años, un déficit anual de 10.000.000 de metros cúbicos de acuerdo con el siguiente cuadro:

Consumo:	Metros cúbicos	
Antes de la guerra	11.500.000.—	
Nuevas necesidades	6.000.000.—	17.500.000.—
		<hr/>
Producción		7.500.000.—
		<hr/>
	Déficit.....	10.000.000.—
		<hr/>

E. C. T.